

Apuntes sobre la filosofía política en Mauricio Beuchot

Notes on the political philosophy of Mauricio Beuchot

Joel HERNÁNDEZ OTAÑEZ*

Resumen: La hermenéutica analógica planteada por Mauricio Beuchot incursiona en la filosofía política considerando nociones como: ética, utopía, mediación, vinculación equilibrada, entre otras. La necesidad de hablar de ello radica, principalmente, en que la llamada Modernidad ha incrementado conductas propensas al individualismo o a una subjetividad tendiente a lo hegemónico. Esto en detrimento de una comunidad solícita de reconocimiento y de diálogo. La filosofía de Beuchot alienta una reflexión interpretativa con el interés de colaborar al bienestar humano. Esta preocupación tiene antecedentes en teorías como la de Hannah Arendt, pensadora crítica de la política en general y de la de su época en particular. Puntualizaremos algunas coincidencias entre ambos autores.

Palabras clave: Filosofía política, ética, individualismo, modernidad

Abstract: The Analogical Hermeneutics proposed by Mauricio Beuchot breaks in the political philosophy because it considers notions as: ethics, utopía, mediation, and a balanced vinculation, among others. The importance of talking about it lies, mainly, in the called Modernity has increased individual behaviours, a subjectivity that tends to the hegemony. This in detriment of a community that requires recognition and dialogue. Beuchot's philosophy encourages an interpretative reflection with the intention of contribute to the human wellness. This concern has its backgrounds on Hannah Arendt's theory, critical thinker about Politics. This paper points out some coincidences between both philosophers.

Keywords: Political philosophy, ethics, individualism, Modernity

Recibido: 1° de septiembre de 2022 Aceptado: 7 de noviembre de 2022

Introducción

Una de las virtudes de la hermenéutica analógica propuesta por Mauricio Beuchot es que el ser humano puede acuñar un proceder equilibrado o guiado por la *phronesis*, es decir, que es capaz de regir sus pensamientos y conductas mediante la prudencia. Si bien esta idea tiene su origen en autores griegos como Aristóteles, la diferencia estriba en que la *phronesis* sustentada por el pensador mexicano se orienta, fundamentalmente, por la interpretación como distintivo ontológico.

* Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Docente en el Colegio de Ciencias y Humanidades de la misma casa de estudios. Email: <joelhernandezotanez@yahoo.com.mx>

La ecuanimidad del actuar y del pensar descansan, pues, en la prestancia hermenéutica de entrever y reflexionar los fenómenos del mundo. Esto permite gestar posturas razonadas ante circunstancias de diversa índole. Asimismo, posibilita prácticas allegadas a la ecuanimidad cuando los asuntos internos o circundantes tienden a enrarecerse. No es ningún secreto que las fortalezas son más exigidas, precisamente, cuando las bonanzas se quiebran por las complejidades.

Un actuar equilibrado es una necesidad y también un reto. Y lo es porque las circunstancias no siempre son benévolas. Por infortunio o, en su defecto, por negligencia (propia o ajena), los escenarios cambian. Por tanto, la templanza humana se vuelve una exigencia. Un requerimiento nodal ante lo que nos afecta. Y precisamente un ejemplo de lo que puede fortalecernos, pero también contravenirnos, es el espacio político. En él suelen ponerse a prueba las competitividades individuales y colectivas. No sólo como estructura y forma de gobierno, sino como acción social y comunitaria, el terreno político es crucial. Ahí se resuelven o estancan las alternativas del vivir en colectivo.

Por su parte, la filosofía política ha fungido como un esfuerzo argumentativo del acontecer humano. Es a través de ésta donde se ha intentado esclarecer el devenir social. En ese tenor, nos daremos a la tarea de plantear algunas ideas de Beuchot que contribuyan al tema. Una filosofía política allegada a la ética y, por eso mismo, relevante en los asuntos del interactuar humano, nos parece prioritaria. Como sabemos, los contextos político-sociales requieren de una permanente interpelación para ser entendidos. Esto, porque acaecen afectándonos de diversas maneras; pero también, porque no estamos exentos de propiciar aquello que nos trastoca, confunde o disminuye. Ejemplo de ello, como lo iremos planteando, son las “desproporciones de la subjetividad” encaminadas a un individualismo, es decir, excesos univocistas que, sin advertirlo claramente, propician una equivocidad que enturbia el escenario político-social.

Un acercamiento a la teoría política del hermeneuta nos dará visos del tema. Haremos un punteo conceptual al respecto. Sistemática, transformación, utopía y cosmos (bajo las égidas de la *phronesis* y de la justicia), serán centrales. Puntos que van escalando la pendiente del enrarecimiento social para, interpretativamente, hallar vías de reflexión. Cabe subrayar que hablar de filosofía política, como asunto que piensa y cuestiona los pormenores de lo colectivo es, fundamentalmente, encontrar acuerdos para erradicar conflictos. Para ello es importante, entre otras lealtades, atender las aportaciones que la filosofía hermenéutica traza. La naturaleza de ésta así lo demanda: interpretar desde la tradición con miras a la innovación. En ese sentido, las ideas no avanzan en solitario, sino alimentadas de otras tantas que les antecedieron.

Así, pues, cuando hablamos de precedentes filosóficos respecto al campo de la filosofía política, Hannah Arendt es uno de los referentes fundamentales. Recordemos que sus explicaciones sobre el ser humano siempre pasan por el tamiz de lo político. Al ostentar a la acción, al trabajo y a la labor, como vías que producen, administran y preservan la estructura social (estructuras que trascienden el ámbito de la naturaleza mediante la esfera pública y privada), Arendt va desentrañando el acontecer y la organización instituida de las personas.¹ Pero, además, Arendt es una autora que cuestiona los totalitarismos. En ello encontramos coincidencias con la hermenéutica analógica. La configuración político-social nunca debe ser en quebranto de las personas. Lo que nos posibilita ser y hacer, no

¹ Sustenta Arendt: “Todas las actividades humanas están condicionadas por el hecho de que los hombres viven juntos, si bien es sólo la acción la que no cabe ni siquiera imaginarse fuera de la sociedad de los hombres” (Arendt, 2016: 37).

puede estar condenado a su depreciación; mucho menos si esta mengua ocurre en el espacio social al que pertenecemos.

Aunado a lo anterior, Arendt es una pensadora que promueve una visión política consecuente a la ética, es decir, no supeditada a la instrumentalidad o a las estrategias de regulación. No se allega a ordenamientos ajenos a la dignificación del ser humano. Por el contrario, asume a la intersubjetividad como medular; incluso antes de la universalidad. Como iremos viendo, intersubjetividad difiere de individualismo. Algo semejante sucede en el pensamiento de Beuchot.² En suma, el amplio trabajo de Arendt sobre filosofía política y el puntilloso análisis de su época, hace plausible que nos acompañe en estas líneas. Sin pretender agotar el tema, construiremos algunos puentes argumentativos entre el autor mexicano y la autora alemana (cuando la exposición destinada al hermeneuta así lo permita).

Hermenéutica analógica y filosofía política

Mauricio Beuchot nos habla de una *construcción sistemática de la filosofía política*. Construcción afianzada en la hermenéutica analógica. Su configuración, según el autor, no puede ser otra que una mediación que se distancie de los extremos de la univocidad y de la equivocidad. Excesos en los que suelen caer, muchas veces, teorías y prácticas. De allí que sea necesario ponderar una propuesta, cuyas características fundamentales revelen, también, las del ser humano. En específico nos referimos a la capacidad intrínseca de la interpretación. Ésta no fungirá como un simple recurso, sino como aspecto prioritario que nos distingue en el pensar y en el actuar (aunque en ciertos episodios de extravío caiga en desuso). Así, interpretar será la fuente principal del pensamiento y de la acción y, por tanto, requerimiento indispensable para ponderar una filosofía política. Una *construcción sistemática* que implica, particularmente en los fenómenos sociales, ángulos de interpretación. Perspectivas que adquieren consistencia, en este caso, desde la argumentación analógica. Talento hermenéutico que no sólo va sustentando juicios en lo que analiza, sino que va transformando lo circundante. “En esa línea podemos decir que hay interpretaciones transformadoras” (Beuchot, 2006: 29). Esto, en lo político-social, será prioritario. Encomiable para repensar las relaciones humanas.

Entendemos que el individuo no sólo se sabe en un mundo previamente dispuesto o elaborado por quienes le han antecedido; también se asume como capaz de crear nuevos escenarios que lo acrediten como un ente comprometido y no sólo receptivo de la realidad. Por eso para Beuchot la filosofía política se erige en una doble trayectoria: avalando lo establecido o, bien, contrarrestándolo. En el afianzamiento o en la reconducción, radica su prestancia. La justificación de uno u otro rumbo requerirá de la capacidad interpretativa. En esto coincide con Hannah Arendt, quien concibe el quehacer político como gestor de nuevos derroteros en lo sedimentado.³ La

² Afirma Beuchot respecto a la filósofa alemana: “A Arendt no le interesa tanto la universalidad, cuanto la intersubjetividad. Y es que se ejerce con la facultad representativa, por la cual nos imaginamos los juicios posibles de los demás. Nos ponemos en el punto de vista de los otros, en el lugar de los otros, por un pensamiento ampliado y extendido, extensivo a los demás” (Beuchot, 2006: 110).

³ Esta idea es desarrollada ampliamente por Hannah Arendt en *La condición humana*, específicamente cuando habla de *la labor y el trabajo* en un mundo estipulado por quienes nos antecedieron. De allí que advierta que somos seres condicionados: “Los hombres son seres condicionados, ya que todas las cosas con las que entra en contacto se convierten en una condición de su existencia” (p. 23). Allí, toma la relevancia la *vita activa*: que produce, consume, resguarda, innova. Véase el capítulo I.

particularidad del pensador mexicano estará en que la modificación del entorno es ya un esfuerzo hermenéutico. Arresto teórico entendido analógicamente, es decir, centrado en la proporción: “En efecto, la analogía aporta esa dialéctica que puede conducirlos a una interpretación transformadora, la cual también será una transformación basada en una necesaria interpretación previa, que la conduzca a ser adecuada a lo que se requiere en la sociedad” (2006: 140).

Cambiar algo del mundo demanda un ejercicio hermenéutico. Lo que nos precede incentiva también su modificación. La dialéctica consistirá en una simple pero compleja fórmula: hacer sobre lo hecho. Propiciarlo, sepámoslo o no con nitidez, exige competitividad hermenéutica. Los recorridos político-sociales se van erigiendo al recomponer o descomponer lo ya efectuado. La lucidez dependerá de una buena interpretación de la realidad social.

Como hemos señalado, en la teoría de Beuchot la labor hermenéutica es analógica, es decir, allegada a la proporción. De allí que la filosofía política planteada por el autor insista, una y otra vez, que no puede haber discernimientos en la gobernanza y la estructuración social, sin considerar lo ético.

Así, en nuestra construcción de la filosofía política se verá en gran medida la búsqueda de que la política se vuelva ética, o acorde a una ética adecuada, humanizadora. Además, lo que construyamos en filosofía política tendrá como característica la búsqueda de la justicia, algo que también se ha querido desechar, pero ahora vuelve cada vez más por sus fueros (p. 137).

En el marco de una hermenéutica analógica, la filosofía política incorpora a la ética desde la noción de *justicia*. Justicia entendida como proporción. Misma que debe impactar en lo social. Parece ser algo consabido por todas y todos, sin embargo, la idea de justicia en lo político-social, es menester. Lo ético debe aparecer con mayor nitidez en las decisiones de quienes marcan los destinos de comunidades, pueblos y naciones, En ese sentido, la preocupación de Beuchot dista de ser reiteración consabida; por el contrario, mientras los aconteceres político-sociales no se alleguen a lo justo; filosofías como las de Beuchot serán urgentes de citar. Incluso, en el hipotético escenario de que lo justo por fin acontezca para el bienestar humano; teorías preocupadas por lo ético deberán estudiar cualquier posible desvío.

Tenemos, entonces, que la filosofía política requiere de la noción de justicia. Justicia emanada de una interpretación que preconice la proporción. Ahora bien, mientras que lo justo debe permear lo colectivo, luego, lo individual tiene que distinguirse por un actuar templado en la *phronesis*. Afirma Beuchot: “La *phronesis* no sólo es, por excelencia, la virtud de la hermenéutica, sino, además, la analogía puesta en práctica; por todo lo cual, se trata de una hermenéutica analógica que está rigiendo la construcción de lo social” (2006: 154). Justicia y prudencia (en lo colectivo y en lo individual, respectivamente) atesoran a la ética en el núcleo de la filosofía política. Justicia y prudencia serán esenciales para la convivencia social.

Pensar lo político significa, *grosso modo*, estructura, normatividad, organización e, incluso, formas habituales de comportarse y de relacionarse. Proyectos de vida en conjunto, o bien anhelos colectivos de un bienestar más tangible. De allí que para Beuchot lo político-social siempre vislumbre a lo utópico como orientación y posible punto de llegada. No hay comunión sin aspiración. La tangibilidad de lo utópico consiste en mostrar logros graduales en lo planificado. De allí que la filosofía política en Beuchot refiera a lo justo como necesidad específica del momento y, a la par, como perspectiva tendiente a la consolidación. Una proporción derivada de la analogía que, para estos casos, propicie un interés por lo equitativo. Beneficio que tendría que asomarse como objetivo de las personas involucradas. Por eso la utopía no debe equipararse como simple “no-lugar”; por el contrario, resuena aquí como inspiración o guía en los proyectos colectivos. Propósitos prestos a dignificar la vida social desde una representatividad estatal responsable. Que la

sociedad, organizada y guiada por lo político, halle un camino acorde a sus esperanzas es distintivo, sin duda, de lo utópico (como realización perceptible y gradual).

La certeza en los avances, es decir, en lo proyectado, compele precisamente a lo ético. Que lo justo permee en las relaciones funge como dato contundente de que lo planificado va rindiendo frutos. De allí que el criterio no pueda ser la improvisación, sino una sistematicidad proclive a la sinergia de los que buscan un bien común. Por eso una interpretación analógica es fundamental. Se trata de que tanto quienes gobiernan como quienes son gobernados mantengan una coherencia que derive, preferentemente, en una aplicabilidad clara, sensata y propositiva de los asuntos humanos. En consecuencia, para una filosofía política lo utópico no será desvarío o recurso demagógico; por el contrario, aparecerá como horizonte regulador donde lo justo y lo proporcional imperen. Lo utópico será, pues, imagen, modelo o ícono de lo posible (Beuchot, 2011: 65).

Es interesante que una filosofía política emanada de la hermenéutica analógica, no pueda erigirse como origen y fin último. En ese sentido, el autor es consecuente con su teoría: lo extremos diluyen la posibilidad del equilibrio. Para Mauricio Beuchot, a diferencia de lo que ocurre en la Modernidad (volveremos sobre esto enseguida), la vida político-social debe ser siempre un intermedio, es decir, un cosmos o una estructuración en equilibrio. Su configuración intermedia lo es respecto al macrocosmos (universo) y el microcosmos (individuo) (p. 141) Que una sociedad tenga fines como la justicia o se profile desde una utopía (en esta dialéctica de ir logrando lo que se aspira), implica dos instancias que deben siempre predominar como concernientes: el macrocosmos y el microcosmos. El primero supone que la realidad es también lo que nos trasciende como humanos. Nuestro mundo no es sino parte del universo; nunca un dictado inicial o último. Estamos inmersos en una totalidad (el Ser), cuyo misterio es latente. Al advertir un vínculo entre cosmos político-social y macrocosmos (universo), entonces, lo humano no puede conducirse como hegemónico. Entender que somos parte de lo que nos trasciende es atemperar, en lo posible, delirios. Ya lo había aventurado Hannah Arendt en su prólogo a *La condición humana*, al especificar que, hoy en día, el ser humano desprecia la Tierra en la desproporción de habitar o colonizar otros planetas. Pero pudiera ser que nosotros, criaturas atadas a la Tierra que hemos comenzado a actuar como si fuéramos habitantes del universo, seamos incapaces de entender, esto es, de pensar y hablar sobre las cosas, que, no obstante, podemos hacer (Arendt, 2016: 16).

En la Modernidad, por ejemplo, asimilarse como parte del universo, dista de lo que pregona Beuchot. Se trata de llegar, poblar y dominar, incluso, como planteamos con Arendt, lugares fuera del planeta. Suponerse predominante o legislador del universo implica, también, el descrédito de pertenecer a la Tierra. Reducirla a materia prima, de la que podemos despojarnos para llegar a otros planetas, es para la filósofa alemana una de las desproporciones de la Edad Moderna (Arendt, 2016). También lo asumirá la hermenéutica analógica al esgrimir el desajuste entre microcosmos, cosmos y macrocosmos.

Se necesita comprender que el sentido de la realidad no debe sernos ajeno. Formar parte del Ser o de aquello que nos sitúa en su seno es, sin duda, no concebir a la humanidad como directriz única. En ello coinciden Arendt y Beuchot.⁴ De hecho, en ambos, trasgredir de ese modo a la realidad, es

⁴ Si bien Arendt no habla de una metafísica como algo propio de su pensamiento, sí otorga relevancia a nociones que trascienden al propio ser humano; tal es el caso de la vida como movimiento y repetición, es decir, permanente movimiento cíclico. De allí que la vida funja como un devenir eterno que antecede al concepto de mundo generado por lo humano. En "Labor y vida" afirma Arendt: "La vida es un proceso que en todas partes consume lo durable, lo desgasta, lo hace desaparecer, hasta que finalmente la materia muerta, resultado de pequeños, singulares y cíclicos procesos de la vida, retorna al total y gigantesco círculo

ya un fenómeno político que debe ser replanteado. De allí que armonizar con la plenitud que nos trasciende no sea mera disposición accidental. Tierra, Universo, Ser (o todas esas denominaciones a la vez), no son fenómenos reducidos a nuestras decisiones o imposiciones. La ecología podría ser un buen ejemplo de ello o, bien, las políticas de paz que ven en el armamento nuclear no sólo la incongruencia de atentar contra culturas o países específicos, sino la aberración de amenazar a la humanidad y, con ello, al planeta mismo.

Si el mundo humano, particularmente en el ámbito político-social, es un cosmos vinculado al macrocosmos, entonces, para Beuchot la ontología fundamental o la metafísica será una consideración ineludible (2015: 95). En la modernidad, la desontologización (renuncia a la relevancia del Ser), a propósito del dictado humano, se ha vuelto un proceder constante. La hermenéutica analógica figura como un esfuerzo por contrarrestar este desvío. En el autor mexicano su teoría es ya metafísica porque “la hermenéutica se mueve en la tensión entre lo parcial y lo total, entre lo individual y lo universal” (2015: 109). El cosmos de lo político-social requiere, como se ha apuntado, de un intermedio o una proporción que le dé orden. En primer lugar, porque formar parte de lo que nos trasciende evidencia, precisamente, los límites de nuestras decisiones. En segundo lugar, porque la jerarquía metafísica es también ética. La pertenencia al Ser es posibilidad de realización; no de dominación.

Respecto al individuo (nombrado por Beuchot como microcosmos), resulta una instancia crucial en el devenir político y social. Para el teórico analógico, ninguna organización o forma de gobierno tendría que menoscabar la relevancia de las personas. La idea de justicia es, fundamentalmente, reconocer que no puede haber orden y equilibrio social sin el reconocimiento pleno de quienes forman parte del colectivo. Las personas, como entes irrepetibles y dignos de existir, tendrían que ser respetados en todo proyecto político. Si la política es humana, es un contrasentido estructurarla en detrimento propio. Análogo será el teorizar al respecto.

No aminorar la relevancia de la persona como un microcosmos en el cosmos político-social es nodal. Esto no significa, como ya mencionamos, consentir la hegemonía de lo humano como figura determinante. Lo humano no está por encima ni del universo ni de sí mismo. No es contra el Ser o la persona como puede tejerse una política allegada a la ética. Aquí vuelven las coincidencias con Hannah Arendt cuando crítica este desatino de oponerse a la Tierra. Desacierto consumado bajo una hipotética superioridad que, a la postre, menoscaba al que se dice superior:

El mismo deseo de escapar de la prisión de la Tierra se manifiesta en el intento de crear vida en el tubo de ensayo, de mezclar “plasma de germen congelado perteneciente a personas de demostrada habilidad con el microscopio a fin de producir seres humanos superiores” (2016: 15).

Cada persona es una complejidad (microcosmos) allegada a otra mayor, es decir, el cosmos social del que formamos parte. Comunidad o colectividad que, a su vez, armoniza, o debería hacerlo, con una totalidad o grandiosidad metafísica: *el Ser* (macrocosmos). Para ser invariables en ello deberíamos partir de un convencimiento: el pensar es parte del universo y no su contraposición. En consecuencia, las acciones tendrían que afianzar esta prodigiosa condición. La justicia, la templanza y la proporción analógica, se perfilan para Beuchot, como vías implícitas que reafirman el lazo originario entre el cosmos, lo micro y lo macro.

Los cauces contrarios a esta oriunda pertenencia estarán acentuados por la Modernidad. Esto traerá consecuencias político-sociales. Una de ellas será el abuso de la subjetividad. Exceso que se

de la propia naturaleza, en el que no existe comienzo ni fin y donde todas las cosas naturales giran en inmutable e inmortal repetición” (2016: 110).

consumará en un doble movimiento. El primero, concerniente al estatus que se atribuye el ser humano sobre la realidad. El segundo, que admite dicho estatus como necesario, pero insuficiente. Por eso tenderá a rebasarlo mediante el individualismo. La “hegemonía humana” parecerá no bastar para quien ostenta el interés de un protagonismo mayor.

El individualismo como síntoma de la Modernidad

Dijimos que para Beuchot la filosofía política deberá estar vinculada a la idea de justicia, es decir, allegada a lo ético. Empero, para el hermeneuta es en la Modernidad donde la ética y la política se separan. La Modernidad, episodio histórico-intelectual donde la conciencia se instituye hegemónica y, por tanto, prescriptiva de los rumbos del mundo, gesta, gradualmente, un desequilibrio entre lo político y lo ético. El precepto “garante” de la hegemonía humana es la idea de *progreso*. Otorga la hipotética certeza final, esto es, el bienestar como un aval casi automático. La fórmula queda sellada de la siguiente manera: si el ser humano decreta el sentido de la realidad, luego, todo camino tiene que afianzarlo. Así, pues, sus criterios fungen como depositarios del beneficio esperado. El progreso es el “garante” de que, día a día, se hace lo correcto. Sin embargo, la contradicción estriba en que los senderos trazados no siempre reflejan una “calidad de vida” o, en términos de Beuchot, una “vida buena” (2006: 138). Ética y política presentan fisuras ocasionadas por el supuesto avance civilizatorio. En este vaivén aparece lo que podría llamarse “desproporción de la subjetividad”. Fenómeno ya apuntado por Mauricio Beuchot desde dos escuelas teóricas que acuñan, de cierta forma, este despropósito: la hermenéutica romántica (cuyos representantes principales son Schleiermacher y Dilthey) y el positivismo (sustentado principalmente por Augusto Comte). Ambas fomentan la figura del sujeto como central. Una hermenéutica romántica inquieta en encarecer a la subjetividad en el proceso interpretativo de los textos y del mundo y, por otra, un positivismo interesado en alejarse del sentimiento romántico, en aras de una supuesta objetividad racional divulgada por el investigador. Furor que reaparece en nuestros días, al anteponer el mandato del individuo sobre la realidad (Beuchot, 2015: 50). Que el sujeto sentencie al mundo con sus determinaciones halla justificación en el supuesto progreso. Pero, a diferencia de la utopía promovida por Beuchot, la idea de progreso no se compromete necesariamente con una ética de la prudencia y la justicia.

Sin pretender una relación causa-efecto, teorías, etapas históricas y perspectivas sociales, van dejando resonancias que, con matices, tienden a reaparecer. El propio Beuchot lo admite al afirmar el carácter paradigmático en lo social. Modelos de comportamiento surgen en el marco comunitario y cultural, pretendiendo perdurar (p. 57). Algo parecido vivimos, hoy en día, con el abuso de la subjetividad. La llamada por el hermeneuta: “máxima objetividad desde la máxima subjetividad” (a propósito de los enfoques romántico y positivista, inquietos respectivamente por extremar los sentimientos y la racionalidad del individuo) (p. 50), resonará en comportamientos cada vez más generalizados y acentuados. Sin los arrestos de la teoría romántica y positiva, la subjetividad se convertirá en una especie de referente por antonomasia. Enardecida por la pretendida supremacía humana de la que hemos hablado, reforzará su predominio anteponiéndose permanentemente. De allí que sea urgente atemperarla mediante una crítica, en este caso, articulada por la interpretación proporcional. Algo similar detectó Hannah Arendt cuando en el prólogo de la obra ya citada sentenció: el “artificio humano del mundo” es, ahora, “un problema político de primer orden” (2016: 14-15).

Existen múltiples patrones que evidencian el abuso de la subjetividad en nuestros días. Individualismos que se ciñen a estereotipos, pregonando lo distintivo en la paradoja de lo que

resulta habitual a la mayoría. Conductas que parecen gestionar sólo aquello que recalque la presencia personal como una horma. En lo político, en lo social, en lo comunicativo, en lo económico, entre otros, el individualismo asentará sus criterios y su hipotética legitimidad. Tenemos maneras recurrentes al respecto: anteponer el carisma de los gobernantes o líderes de Estado, por encima de un proyecto político. Alardear que se esgrimen las dificultades sociales, valiéndose del culto a la personalidad. Abrir debates de interés público escenificando o sobreactuando la sola presencia. Individualismos que acometen y se replican, incluso, en los que se proclaman en la disidencia. Figuras que se acomodan según los contextos, es decir, rebeldías *ad hoc*. Insubordinaciones ocurrentes que van desplazando el activismo sensato que, por serlo, no supe la causa por la notoriedad de la persona. Pléyade de personalidades que también compiten en el escenario virtual. Sujetos que publican imágenes en medios digitales, con la invariable consigna de difundir “quiénes son”. Monólogos insistentes y monótonos en la descripción y deletreo de sí. Disposiciones que igualmente se ven reflejadas en actos irresponsables, injustos y ausentes de principios éticos. Los ejemplos asedian por doquier: enriquecimiento ilícito, corrupción, consumismo, demagogia, etcétera. Formas obstinadas de violentar a los demás. Acciones arraigadas en prácticas cotidianas; reproducidas y potenciadas una y otra vez. Egoísmos que intensifican el afán desenfrenado de despuntar. El desenlace de todo ello será, sin duda, el aminoramiento, el desplazamiento y el descrédito de unos frente a otros.

Maniobras desmedidas marcadas por la univocidad. Astucias resultantes de anteponer la subjetividad como rasero de la realidad y, a la postre, al individualismo como radicalización. Esto suscitará secuelas que parcializarán el entendimiento colectivo. Obviamente, en el campo de lo político, generarán un desbalance en la vida democrática. Que sea una perspectiva la que intente determinar, dictar o conducir el itinerario político y social, será de suyo preocupante. Unilateralidad que decide, de una vez y por todas, el qué, el cómo y el cuándo. Mirada unívoca que pervierte el sentido de la realidad en el autoritarismo de lo totalmente idéntico. Asedio que evidencia las contradicciones señaladas por un modelo analógico de interpretación (Beuchot, 2015: 38). Por alevosía o por incapacidad, los resultados son y seguirán siendo dramáticos.

Este individualismo también tendrá como consecuencia la equivocidad. Desbalance expresado en visiones deseosas de imperar unas sobre otras. Bulliciosas, desarticularán cualquier posible consenso. Enfoques prestos para sentenciar al mundo y reducirlo a la prescripción de cada uno. Personalidades convencidas de que el entorno social no es otra cosa más que piezas sueltas. Segmentos imposibilitados de reunión. Opiniones, posturas, criterios, como trozos despreciados y desteñidos. Palidecidos afectaran, a saber, el diálogo y la comunicación atenta. La equivocidad, generadora de lo totalmente inconexo, se vivirá como falta de cohesión y solidaridad entre las personas.

De allí que Beuchot insista que ni el totalitarismo (univocidad) ni el fragmentarismo (equivocidad), pueden dar salida a las problemáticas sociales (2006: 169). Ambos extremos terminan por ser ampliamente parecidos. Incitadores del individualismo. Como bien ha defendido el hermeneuta analógico, ni todas las interpretaciones posibles ni, obviamente, una exclusiva o imperante, pueden ser consecuentes con el interés de una armonía social. Fijar una perspectiva silenciando a las demás o, bien, que todas quieran por su cuenta y sin interlocución alguna, pregonar y decidir qué es el mundo donde habitan, distan de ser formas claras de pensar y de actuar. Así, pues, el mandato que calla otras voces o la vociferación tumultuosa compitiendo por sobresalir, tienden a romper la proporción equilibrada que necesita la vida político-social. Contexto siempre amenazante o latente; propenso a su reproducción y confabulación. De allí que referir a él implique

que ninguno puede estar exento a su peligrosa implementación; nunca por un determinismo social, sino por la falta de claridad interpretativa o, quizás, por la desleal destreza de beneficiarse dañando.

Los denominados por Beuchot “realidad política” y discursos sociales”, que se entremezclan en el cauce cotidiano, requieren de una interpretación constante (2006: 168). Una interpretación analógica que detecte los desvíos en que suele descomponerse el mundo. Sabemos que lo dado, lo dicho, lo pensado y lo creído, tienden a generar una amalgama fácil de enquistarse cuando la subjetividad y el individualismo se erigen como incuestionables. Es allí donde la “sutileza o el trasponer el sentido superficial para tener acceso a un sentido profundo, cobra valía (2015: 18). Entender contextos es esgrimir sus múltiples sentidos, pero, sobre todo, especificar en qué aspectos tienden a distorsionarse. Asumiendo también que estamos, las más de las veces, inmiscuidos en ellos, ya sea como agentes o como observadores. La agudeza o sutileza de la interpretación hará que los fenómenos deliberados muestren sus partes edificantes o ruines para la propia situación social.

Cierre

El espectro donde cada individuo quiere prevalecer por encima de las y los demás, es uno de los síntomas actuales. Sociedades atenuadas, por ejemplo, a las lógicas de acumulación, de competencia, de sobreinformación, de consumismo —puntualizado también por Arendt (2016: 117) como la superstición de la Época Moderna, donde el poder engendra poder y el dinero produce dinero—, hacen imprescindibles teorías que busquen recular el vértigo presente. Conflictos bélicos, crisis sanitaria mundial, fundamentalismos, violencia fáctica y cibernética, nos obligan a trazar rutas teóricas que replanteen nuestras acciones en el mundo social, natural y personal. Líneas que sumen a posibles soluciones. La filosofía de Beuchot es una de ellas. Al promover la mediación entre persona, sociedad y universo —tal y como hemos mencionado—, cimienta una postura equilibrada que rompe con los postulados de la imposición o la fragmentación, tendiendo puentes entre lo propio, lo circundante y lo trascendente.

Hemos planteado que la hermenéutica analógica piensa a la filosofía política vinculada a la ética. Preocupada por la proporción y el equilibrio, se muestra como una vía teórica importante al preconizar el equilibrio. Ante las múltiples problemáticas que viven las sociedades actuales, una interpretación analógica es fundamental. En el marco donde cada subjetividad quiere anteponerse, incluso, secundada por escenarios que incentivan la competencia y el desplazamiento de unos por otros, es necesario pensar desde una filosofía que medie entre los extremos. El individualismo operante necesita ser frenado. Es prioritario refrendar posiciones críticas a su embestida. La hermenéutica analógica lo es al interpretar los fenómenos sociales anteponiendo postulados como la proporción y el equilibrio interpretativo. Virtud hermenéutica guiada por la *phronesis* y la justicia. Arresto analógico que, en lo conceptual, advierte los riesgos de extremar posturas y prácticas.

En suma, la filosofía de Beuchot discurre proponiendo una perspectiva que no decaiga en equivocidades o en univocidades. No es un simple “ponerse en medio”, sino una interpretación que evidencie que los extremos producen anomalías. Al tratarse de un trabajo hermenéutico, esto es, teórico, los fenómenos resaltarán desde un análisis encaminado a su explicación transformadora. Esta crítica puntual, representativa de la hermenéutica analógica, podrá revelar nuevos ángulos en los procesos sociales. Escorzos que tienden a ser ignorados u disimulados por inclinaciones polarizadas. Así, pues, la filosofía política de Beuchot sistematizará conceptos con miras a señalar lo que nos afecta. Univocidad y equivocidad, reflejadas en prácticas individualistas que decantan en una fragmentación social, requerirán ser aquietadas o erradicadas. Se torna preciso señalar puntualmente su contradicción. La urgencia política-social de recomposición así lo acredita.

Especialmente porque, como bien ha apuntado Arendt, “Hoy vivimos en un mundo en el que ni siquiera el sentido común conserva algún sentido” (2017: 75).

Siendo consecuente con lo expuesto, pensamos que el trabajo filosófico no está superado por los hechos que se suceden día a día. Menos aún una teoría que concibe a la interpretación de lo circundante y del ser humano como primordiales. Compromiso que se reitera cuando la interpretación se sabe analógica, es decir, proporcional, equilibrada y mediadora. Allí el individualismo queda cuestionado por una visión templada y cierta: “Dentro de la identidad, la diferencia y, a pesar de la diferencia, la identidad” (Beuchot, 2011: 75).

Bibliografía

- Arendt, Hannah (2016). *La condición humana*. México: Paidós.
- _____ (2020). *La promesa de la política*. México: Austral/Paidós.
- _____ (2018). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre reflexión política*. México: Austral.
- Aristóteles (2014). *Ética Nicomáquea*. Madrid: Gredos.
- Beuchot, Mauricio (2006). *Filosofía política*. México: Herder.
- _____ (2015). *Tratado de hermenéutica analógica*. México: UNAM.
- _____ (2014). *Filosofía y derechos humanos*. México: Siglo Veintiuno.
- _____ (2011). *El hombre y el símbolo. Desde una antropología analógica*. México: Démeter.
- Ricœur, Paul (2009). *Sí mismo como otro*. México: Siglo Veintiuno.